



9 de junio – Corazón Inmaculado de Maria

“María y José iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca.

Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando. Él les dijo: Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc. 2, 45-51).

Oración introductoria

Señor, quiero ocuparme en tus cosas, quiero que seas Tú el centro de mi vida y, cumplir tu voluntad, el incentivo de todas mis acciones.

¡Ven Espíritu Santo! Ilumina mi mente y mi corazón en esta oración. Espíritu Santo, dame la fortaleza para cumplir la voluntad de Dios.

Meditación

“Cada año por la fiesta da Pascua”. Estas palabras nos ayudan a definir mejor el contexto espiritual en el que el texto se desarrolla, y de este modo se convierten, para nosotras, en la puerta de entrada en el misterio, en el encuentro con el Señor y con su obra de gracia y de misericordia sobre nosotras.

Junto con Jesús, María y José, también nosotras podemos vivir el don de una nueva Pascua, con la vivencia, de un “paso”, una superación, un movimiento espiritual que nos lleva “a la otra parte”, a más allá...esta experiencia la podemos hacer vida en este contexto histórico-congregacional. El paso es claro y fuerte; lo intuimos siguiendo a la Virgen María en esta experiencia suya con el Hijo Jesús. Es el paso de lo externo al corazón, de la dispersión a la interioridad, de la angustia a la pacificación.

A nosotras nos queda ponernos en camino, descender también en el camino y unirnos a la caravana, a la comitiva de los peregrinos que están saliendo hacia Jerusalén para la celebración de la fiesta de Pascua.

“Iban”. Este es sólo el primero de una larga serie de verbos de movimiento, que se suceden a lo largo de los versos de este texto. Quizá puede ayudarnos el fijarlos con un poco de atención: “salieron”; “volvían”; “comitiva”; “viaje”; “volvieron”; “bajó con ellos”; “vino”. En paralelo con este gran movimiento físico, hay también un profundo movimiento espiritual, caracterizado por el verbo “buscar”, expresado de modo repetido: “se pusieron a buscarlo”; “se volvieron en su busca”; “angustiados te buscábamos”; “¿por qué me buscabais?”.

La Palabra del Señor nos invita, a qua hagamos no un viaje físico sino espiritual; es un viaje de búsqueda de Jesús, de su presencia en



nuestra vida; personal, comunitaria y Congregacional. Es esta la dirección en la que debemos movernos, junto con María y José.

“Guardaba todas estas cosas en su corazón”. María no comprende la palabra de Jesús, el misterio de su vida y de su misión y por esto calla, acoge, crea espacio, desciende al corazón. Este es el verdadero recorrido de crecimiento en la fe y en la relación con el Señor. María nos toma de la mano y nos guía a través de todo nuestro corazón, todos sus sentimientos, su experiencia. Y ahí, en el secreto de nosotras mismas, en nuestro interior, aprenderemos a encontrar al Señor Jesús, al que quizá habíamos perdido.

Gricelda González, hsc
Comunidad Hogar de Belen
Buenos Aires - Argentina

